

Fuera están las cosas temporales y visibles, que penetran por la puerta, es decir, por los sentidos corporales, en tus pensamientos, y aturden tu oración con una multitud de vanos fantasmas. Cierra la puerta, resiste a los bajos instintos, para elevar al Padre la oración del espíritu, que se hace en el santuario del corazón, donde oras al Padre en secreto.

Pero a veces las distracciones te importunan y alejan tu espíritu de la oración. Postras, sí, el cuerpo, doblas el cuello, confiesas tus pecados, adoras a Dios. Veo, sí, dónde está tu cuerpo postrado; pero quisiera saber por dónde anda revoloteando tu espíritu. La cuestión es saber si está erguida la atención, si el pensamiento está fijo en Aquel a quien adoras, o si, por el contrario, frecuentemente las distracciones lo llevan como las aguas de la marea, que tan pronto se fija en un objeto como en otro, como nave azotada por la tempestad.

Quisieras estar fijo y en cierto modo huyes de ti mismo, pero no encuentras puertas ni vallas para encerrarte, ni obstáculo que oponer a las divagaciones que van y vienen a tontas y a locas, a fin de estar recogido, disfrutando de la dulzura de tu Dios. Examínate, pues, con atención, y observa lo que ocurre en tu corazón durante la oración; cómo las más de las veces tus oraciones quedan sin fruto por las distracciones de pensamientos tontos que te hacen difícil el mantener el corazón en la presencia de Dios.

Afectos y súplicas.

¡Oh Señor! Tengo que sufrir muchas cosas en esta vida; pero tú me escuchas, y por eso clamo a ti en medio de las tribulaciones. Mendigo tuyo me has hecho, Dios y Señor mío, avisándome, exhortándome y hasta mandándome que pida, busque y llame.

Yo pido. Pero ¿a quién pido? ¿Quién soy yo, el que pide? ¿Qué es lo que pido? Pido a ti, Dios de bondad; pido yo, hombre malo; y pido la virtud que me ha de hacer bueno. Pido, por tanto, lo que deseo poseer eternamente; pido lo que, una vez recibido, me dejará satisfecho, de modo que no tenga ya necesidad alguna.

Mas, para ser saciado, tengo que tener hambre y sed. Acuciado, pues, de esta hambre y sed, pediré, buscaré, llamaré, ya que *«bienaventurados son los que tienen hambre y sed de justicia»* (Mt 5 6).

¿Bienaventurado, teniendo hambre y sed? No seré feliz porque tengo hambre y sed, sino porque seré harto. Consistirá mi felicidad en la hartura, no en el hambre. Pero es necesario que preceda el hambre a la hartura, no sea que la falta de apetito me aleje del alimento.

Aprenderé a vivir la verdadera vida; pondré mis riquezas donde está la verdadera vida, de modo que encuentre después allí lo que he pedido aquí.

Meditando con San Agustín

Cualidades de una buena oración

Dios quiere que ores. En su Evangelio te exhorta a ello. *«Pided –dice– y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Todo el que pide, recibe; el que busca, halla; y al que llama, se le abre. ¿Quién de vosotros se atrevería a dar a su hijo una piedra cuando le pide pan? ¿Quién se atrevería a darle una serpiente cuando le pide pescado? Si vosotros, siendo malos, sabéis dar a vuestros hijos de lo que habéis recibido, ¿cuánto más sabrá vuestro Padre, que está en los cielos, dar cosas buenas a los que se las piden?»* (Mt. 7 7-11).

1º Necesidad de la oración.

¿Has oído cómo te anima Nuestro Señor Jesucristo, celestial Maestro y fidelísimo Consejero, a que le pidas, siendo uno mismo el que te exhorta a pedir y el dispensador que te da cuando le pides?

Ya has visto cómo te exhorta en su Evangelio a que le pidas con insistencia y a que llames hasta parecer importuno. Y con la parábola del amigo importuno y del juez injusto (Lc. 11 5; 18 2), que el Señor añadió a su exhortación, destruyó la razón de toda disculpa que te pudiera retraer de pedir, buscar y llamar hasta obtener lo que pides, buscas o deseas llamando.

Jesucristo, Señor nuestro, que con los hombres pide y con el Padre concede, no te insistiría tanto a que pidieras si no estuviera dispuesto a darte.

¡Avergüénzate, indolente! Tiene El mayor deseo de dar que tú de recibir; más desea El usar contigo de misericordia que tú verte libre de tu miseria; y si El mismo no te librara de ella, nunca dejarías de ser desdichado.

Despierta, pues, y da oídos al que te anima, obedece al que te promete, y alégrate cuando te dé.

Dios quiere dar; pero no da sino a quien le pide, no sea que dé al que no quiere recibir.

2º Sea humilde tu oración.

¿Quieres que tu oración llegue hasta Dios? Humíllate. Si en tu corazón habita la humildad, Dios vendrá a ti, y en tu propia morada habitará contigo.

Sé humilde; salgan de tus labios gritos de dolor, no de impaciencia. Llorar, porque ¿qué justo no ha llorado con estas lágrimas? El que no llora, no tiene pena de ser peregrino.

¿Con qué cara podrás llegar a la Patria, si nunca suspiraste por ella estando ausente? Por amor de la eterna vida, considérate desconsolado en este mundo, por cumplida que sea la felicidad en que vives. Considérate, pues, como inconsolable, y no desistas de orar.

3º El ayuno y la limosna acompañen tu oración.

Tu oración, por tanto, que Dios escuchará y que conseguirá lo que pides, es la que va acompañada de la caridad y la humildad, del ayuno y la limosna, de la templanza y del perdón, del deseo de hacer bien al prójimo y no devolverle mal por mal, y del propósito de evitar el pecado y realizar obras buenas.

Porque, apoyada en las alas de estas virtudes, la oración se eleva más fácilmente y se remonta hasta el cielo, adonde Cristo penetró el primero.

Sea, pues, pura tu oración, de modo que desees lo que la caridad busca y no lo que la codicia anhela; guárdate de desear en ella mal alguno a tus enemigos o a aquellos a quienes no puedes hacer daño o vengarte de ellos.

Y ten en cuenta que, así como la limosna y el ayuno son medios para disponerte a la oración, así también la oración es un medio de hacer limosna, cuando se eleva al cielo con la intención de conquistar gracias, no sólo para los amigos, sino también para los enemigos, de modo que, sin que jamás se nutra de la ira y del odio, se alimente del amor.

4º Tu oración sea continua y perseverante.

Ora en todo tiempo con un deseo continuo del corazón, fundado en la fe, sostenido por la esperanza e inflamado por la caridad. Tanto más apreciable será el efecto cuanto proceda de más fervoroso afecto.

Pero en horas determinadas invoca al Señor también con la boca, para que las mismas palabras te sirvan de estímulo, y puedas conocer tus progresos en este espíritu de oración, y procures con toda diligencia acrecentarlo.

Y así, en medio de los cuidados y ocupaciones que frecuentemente distraen y amenguan el deseo de la vida eterna, debes en tiempos determinados volver tu atención al negocio importante de la oración; procurando con las oraciones vocales fijar tu pensamiento en el objeto de tus deseos, a fin de que la disminución del fervor no se convierta en frío de muerte, y se extinga totalmente el fuego sin este avivamiento frecuente de la llama.

Mientras vives en este mundo, ruega al Señor que no te abandone el espíritu de oración ni te niegue el Señor su misericordia, es decir, que perseveres en la oración y El continúe usando contigo de misericordia.

No te desanimes. Hay muchos que se cansan de orar. En los primeros días de su conversión oran con mucho fervor; luego caen en la tibieza, después se enfrían y, finalmente, la abandonan.

Vela el enemigo, ¿y tú duermes? Persevera, pues, en la oración; confía en las promesas divinas y no te canses de pedir; reconoce que esto es una gracia del Señor. Y mientras veas que Dios no te ha quitado la gracia de la oración, ten también por cierto que no se ha apartado de ti la misericordia divina.

5º Tu oración sea a base de afectos y gemidos.

No se reduzca tu oración a vana palabrería, que Nuestro Señor fue el primero en cercenar, enseñándote que no debes presentarte ante Dios con prolongados discursos, como si con ellos quisieras enseñar algo a Dios. Orar con muchas palabras no es, como algunos creen, orar mucho.

Una cosa es un largo discurso, y otra un afecto duradero. Cuando oras, lo que se requiere es piedad, no verbosidad. «*En la oración –dice Nuestro Señor– no habléis mucho, como hacen los paganos, que se imaginan ser oídos a fuerza de palabras. No los imitéis: que bien sabe vuestro Padre lo que os hace falta antes de pedirselo*» (Mt. 6 7-8).

Deséchese, pues, de la oración la palabrería, pero sin desistir de una intensa súplica, mientras el fervor de la atención dure. Orar mucho es llamar con sostenidos y piadosos movimientos del corazón a la puerta de Aquel a quien oramos.

En esta materia se trata más bien de gemidos que de palabras, más de lágrimas que de discursos. Dios recoge nuestras lágrimas; y nuestros gemidos no pueden ser desconocidos por Aquel que por medio del Verbo lo creó todo, y que no da importancia al ruido de palabras.

Ora con brevedad, pero con toda la perfección posible. Se dice que los monjes de Egipto oraban frecuentemente con plegarias muy cortas, que llevan el nombre de *jaculatorias*; y lo practicaban así temiendo que la atención necesaria para orar, prolongándose demasiado, terminara en distracción y pérdida de afecto. Con ello nos enseñan también estos santos varones que la atención en la oración no debe fatigar cuando no es posible orar mucho tiempo; pero que tampoco se debe interrumpir bruscamente la oración cuando pueda prolongarse.

6º Tu oración sea atenta.

«*Cuando oréis, no seáis como los hipócritas, que de propósito se ponen a orar de pie en las sinagogas y en las esquinas de las calles, para ser vistos de los hombres; os digo que ya recibieron su recompensa. Tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora en secreto a tu Padre, y tu Padre, que ve lo secreto, te premiará*» (Mt. 6 7-8).

De poco te sirve retirarte a la soledad de tu aposento si permanece abierta la puerta a las importunidades, y por ella entran a deshora las cosas de fuera y asaltan tu interior.